

tado uno á otro, en el momento de su reunion junto al Oder, cuando avenidos al cabo de algunos años de tibieza, por el comun peligro, se prometieron perecer juntos, ó juntos salvar á su pais y á la Europa. Le recordó la adhesion suya al tender la mano á los alemanes y al emanciparlos, á pesar de los consejos de no pasar del Vistula y de tratar con Napoleon que le dieron sus súbditos más fieles; le dijo que sia esta adhesion todavía estoviera esclava Alemania, y reducida á cinco millones de súbditos la Prusia; que únicamente á su union se debía este cambio de fortuna; que de este cambio de fortuna se querian aprovechar las potencias aliadas, con exclusion de la Rusia, á quien se lo debian del todo; que relegar junto al Vistula á los rusos equivalia á dejarles sin premio por la sangre que habian derramado desde las márgenes del Oder á las del Sena, porque despues del desastre de Moscou les ofrecia Napoleon el Vistula, y así pudieran volver á su pais sin exponerse á nuevos azares, sin sacrificar doscientos ó trescientos mil soldados para continuar en 1813 la guerra, despues de quedar libres del gran ducado de Varsovia y afianzados con la Besarabia y la Finlandia; pero por ahora al parecer ya no se pensaba en la gran resolucion que al pasar el Vistula habian tomado, á despecho del muy prudente Kutusof; que los demás aliados, y particularmente los austriacos, á quienes habia sido fuerza violentar para arrastrarlos á aquella cruzada europea, y no habian gastado la cuarta parte de la sangre vertida por los rusos, querian alcanzar solos el fruto de la victoria; que, no habiendo tenido quemada ni una aldea, negaban á los rusos el precio de las ruinas

de Moscou; que al obrar así los diplomáticos hacian su oficio, pero que principes, dechados de honor como Alejandro y Federico Guillermo, unidos por la edad, por las vicisitudes de su vida, por comunes reveses y comunes triunfos, no debian permitir que les malquistara la ingratitud; que, habiendo sido felices estando juntos, é infelices al separarse el uno del otro, hasta debian tener la supersticion de su intimidad, y vivir y morir aliados para la felicidad de sus pueblos, y para su felicidad privada.

Mucha verdad habia en este lenguaje, no desde el punto de vista europeo, sino desde el punto de vista prusiano y ruso, y es cierto que si, separando á Prusia de Rusia, se reducía á permanecer junto al Vistula á Alejandro, con razon debiera sentir amargamente haberlo pasado á fines de 1812, y no haber tratado con Napoleon á principios de 1813, salva siempre la gloria adquirida con entrar en Paris y con proceder como vencedor generoso y civilizado.

Federico Guillermo era muy sensible á las consideraciones de rectitud, de constancia en la amistad, y además conocia las obligaciones que Alemania debia al emperador Alejandro, porque, de seguir el consejo de Kutusof y de tratar con Napoleon despues del paso del Berezina, muy distinto fuera el desenlace de los sucesos. Así fué sensible á la vehemencia de Alejandro, que, al decir del mismo Mr. de Hardenberg, rayó en lo extraordinario. Conmovido hasta lo más íntimo del alma, y aun adhiriendo cierta especie de supersticion á su amistad con el czar, se arrojó á sus brazos, y le juró fidelidad perpétua. Pero le dijo



Alejandro que la fidelidad del rey no bastaba sin la fidelidad de los ministros, y que habia motivo para dudar de ella. Para ilustrarse acerca de este punto, se llamó á Mr. de Hardenberg, y la explicacion comenzada con el rey se acabó delante del primer ministro. Tan viva fué con éste como lo habia sido con el monarca. Habiendo querido alegar algunas razones de las emitidas por los ingleses y los austriacos para tener distantes á los rusos de las fronteras prusianas, le rechazó violentamente, y despues de una vana tentativa de resistencia, no hubo mas arbitrio que el de rendirse y prometer sustentar la politica á que Alejandro y Federico Guillermo se acababan de comprometer de nuevo y de la manera mas solemne.

Así debian continuar apoyando en comun el arreglo consistente en el abandono á Rusia de la mayor parte de las provincias polacas, mediante la devolucion á Prusia de toda la Sajonia. Alejandro en su proyecto novelesco á la par que ambicioso de reconstituir la Polonia propendia sobre todo á poseer á Varsovia, señalada por las últimas divisiones á Prusia, á fin de separar la cabeza del cuerpo, y de hacer de este país sin ventura un cadáver para siempre privado de vida.

Con efecto las tres divisiones sucesivas de 1772, de 1793, de 1795, habian dislocado le Polonia de manera de no permitir que fuese reconstituida. En la primera de 1772 é ideada por Federico el Grande, cada una de las potencias coparticipes no se apropió más que lo necesario. Prusia tomó las fuentes del Vistula y las dos márgenes de este rio hasta Thorn, no incluyendo este punto, á fin de hacer que desaparecieran los territorios polacos

interpuestos entre la Vieja Prusia y la Pomerania. Austria tomó la Galitzia, formando la falda de los montes Krápackos. Rusia tomó el espacio tan disputado en la edad media entre los moscovitas y los polacos, esto es, la abertura situada entre Es-molensko y Witebsk, entre las fuentes del Dwina y las del Dnieper, y más allá un territorio, desde Jacobstadt hasta Rogaczew, esto es, la parte Oriental de la Lithuania.

En 1793 y 1795 se habia tomado todo, segun las conveniencias de cada uno, si bien cuidando sobre todo de segregar los miembros de la antigua Polonia, á fin de dejarlos fuera de la posibilidad de volverse á juntar nunca. Así Prusia apropió el gran ducado de Posen, indispensable para unir la Silesia y la Vieja Prusia, á esta añadió toda la parte de la Lithuania, que se extiende hasta el Niemen de Drogitchin á Kowno, y por fin la misma Varsovia, negada á Rusia, porque, debiendo tener lo más del cuerpo, no poseyese tambien la cabeza. Austria bajó el Vistula hasta el Pilica por la izquierda y hasta el Bug por la derecha. Rusia tuvo todo lo demás, esto es, la Lithuania, la Volhinia, la Podolia etc. Cuando Napoleon en 1807 y en 1809 pensó en rehacer la Polonia, bajo el nombre de gran ducado de Varsovia, exento á la sazón de contemplaciones á Prusia, más no á Austria y á Rusia, primeramente tomó á Prusia las bocas del Vistula y Danzick que se llamaba ciudad libre, y el ducado de Posen y el territorio á la izquierda del Niemen, sobre todo Varsovia. Luego dejando al Austria la Galitzia, tomó las dos márgenes del Vistula hasta el Pilica y hasta el Bug; pero no cercenó lo más leve á Rusia, á la cual aún contempla-



ba más que á Austria, pues en aquella época la habia hecho eje de su política. De estas diversas porciones compuso el gran ducado de Varsovia, consistente con especialidad en la cuenca del Vístula desde su nacimiento hácia los Krápackos hasta su desagüe en el Báltico, tocando casi al Oder por una parte, y extendiéndose hasta el Niemen por otra, si bien dejando fuera la Lithuania, la Volhinia, la Podolia, la Galitzia, esto es, más de las dos terceras partes del territorio polaco.

Queriendo Rusia á su vez reconstituir en 1814 la Polonia, sobre Napoleon tenia la ventaja de poseer la mayor parte de su territorio; más si se le obligaba á detenerse en el Vístula no debia tener más que uno de los lados de su cuenca; sobre todo no debia tener á Varsovia, de atenderse de una manera estricta el método de distribucion resultante de los tratados de Kalisch, de Reichenbach, de Tœplitz. Así lo que Alejandro queria era las dos márgenes del Vístula, para poseer ante todo á Varsovia, esto es, la cabeza y el corazon del cuerpo que aspiraba á resucitar, y además sobre la margen izquierda el territorio bastante para que no se hallara en la frontera la capital del nuevo estado. Por estas razones deseaba obtener el ducado de Posen, para acumular las dos márgenes del Wartha. Tambien hubiera querido remontar el Vístula hasta Cracovia, abarcando las dos riberas. Pero esto equivalia á pedir á Alemania, y particularmente á Prusia, que dejasen llegar á Rusia hasta el Oder, lo cual la colocaba muy cerca de Dresde y de Berlin, y á Austria que la dejara remontar á inmediacion de los montes Krápackos, lo cual equivalia al abandono de la parte austriaca del gran ducado de

Varsovia, despues de haber prometido su distribucion poco más ó ménos como antes. Verdad es que Alejandro decia que, al prometer la distribucion de este ducado, no se habia reconquistado el Tirol, ni la Italia, ni la Holanda, ni la Bélgica, y que Austria, tan enriquecida, merced á estas adquisiciones, bien la podia abandonar toda su parte del gran ducado.

Nuevamente estrechados ahora los lazos con Prusia, se convino otra vez en que Rusia pasaria el Vístula, y poseeria la orilla izquierda y remontándola cuanto fuera posible. Sin embargo, á la parte de Prusia se debia extender más ó ménos en direccion del Wartha, segun que Prusia obtuviera más ó ménos hácia el centro de Alemania, esto es, en Sajonia. Por arreglar quedaba este punto, interin la cuestion de Sajonia no fuese resuelta, y en proporcion del éxito que en esta negociacion se lograra. Respecto del Austria, dejándole Alejandro la Galitzia, que desde la primera division habia poseido invariablemente, pensaba recuperar las porciones de la Polonia, que habia adquirido en las divisiones segunda y tercera, lo cual comprendia la margen izquierda del Vístula hasta el Pilica, y la margen izquierda hasta el Bug; y razon tenia bajo el aspecto de sus miras, porque sin estas porciones de territorio, aun quedaba Varsovia en la frontera hácia la parte de levante. Pero cabalmente esto era pedir á Austria toda su parte del gran ducado, que se habia resuelto devolver á los coparticipes antiguos. A la verdad insistiendo en la adquisicion de la Italia y del Tirol no prevista en 1813, se podia suavizar el sacrificio exigido al Austria con el abandono de las salinas



de Wieliczka, que para ella eran de la mayor importancia; se podía hacer de Cracovia una ciudad libre, como se habia proyectado respecto de Thorn y de todos los puntos tan vivamente disputados; finalmente se podía volver el rico y poblado distrito de Tarnopol, formando la Galitzia oriental, y donado por Napoleon en 1809 á la Rusia. Además habia que hacer valer la razou de necesidad, porque ni arrabales tenia Varsovia, si no se la redondeaba hácia el levante tomando los paises situados entre el Bug y el Pilica.

Acerca de los ajustes entre Austria y Rusia, para negociarlos Prusia seria la mediadora en las concesiones que Rusia hiciera al Austria por obtener el alto Vistula, y llenar asi en lo posible una de las condiciones que Mr. de Metternich habia impuesto por el sacrificio de la Sajonia. Ya acabamos de decir efectivamente que obligado Mr. de Metternich á prestarse á los procederes de lord Castlereagh, se habia manifestado dispuesto á entregar la Sajonia á Prusia, bajo ciertas condiciones, esperando que no serian satisfechas: á saber, que Maguncia perteneciera á la Confederacion, que el Mein y el Mosela separaran los estados alemanes del Norte de los del Mediodia; y finalmente que en la cuestion polaca figurase Prusia al lado de Austria y de Inglaterra. Decidida Prusia á conceder los puntos concernientes á Alemania, aparentando ayudar al Austria en el señalamiento de las fronteras polacas hácia Galitzia, podia decir que habia llenado las condiciones puestas al abandono de la Sajonia, y tener asi por comprometido á su favor al gabinete de Viena. Mucho importaba á Alejandro el éxito de esta especie de comedia,

porque Rusia avanzaria por el ducado de Posen en proporcion de lo que Prusia obtuviera en Sajonia.

Acordes asi Alejandro y Federico Guillermo, aún se mostraron más firmes en su ambicion y más resueltos en su lenguaje. Sin embargo, Mr. de Hardenberg, á quien lord Castlereagh habia esperado quebrantar, proporcionándole la Sajonia bajo las condiciones indicadas, no pudo disimular al representante de Inglaterra los nuevos lazos que acababan de unir á Rusia y Prusia. Por sí mismo contó la escena que habia pasado entre Federico Guillermo y Alejandro, afirmando que nunca la habia visto parecida, y que ante una tal escena toda resistencia se hacia imposible. Asi vió lord Castlereagh sus calculos fallidos y Mr. de Metternich los suyos realizados, pues éste no habia aparentado sacrificar la Sajonia, sino por estar persuadido de que Prusia no llenaria las condiciones á que la cesion habia de efectuarse. Lord Castlereagh dirigió al principe de Hardenberg los mas vivos cargos, le dijo que debió presentar su dimision más bien que rendirse, pero no le pudo inducir á que procediera en tal sentido, y Prusia quedó unida á Rusia mas fuertemente que nunca.

En esto, un incidente imprevisto aún hizo resaltar más el error de la diplomacia inglesa, y produjo una verdadera crisis. Se ha visto que Rusia y Prusia osaron tomar posesion de los territorios en litigio, evacuando Rusia la Sajonia para entregarla á las tropas prusianas, concentrando por consiguiente sus fuerzas sobre el Vistula, y despachando á Varsovia al gran duque Constantino, para organizar allí el nuevo reino de Polonia; Prusia ocupando ostensiblemente la Sajonia entera,



y enviando allí oficiales civiles para plantear la administracion prusiana. Esta doble manifestacion habia parecido muy inconveniente y no coadyuvó poco, segun hemos referido, á decidir la reunion inmediata del congreso. Una publicacion accidental, consecuencia inevitable de los actos imprudentes de Rusia y de Prusia, puso colmo al escándalo, y excitó al último grado de exasperacion á sus adversarios.

El príncipe Rapnin, gobernador de Sajonia por Rusia, al abandonar esta provincia, que habia administrado prudentemente, se creyó en el deber de dirigir una despedida á los sajones, y en un manifiesto, que se dió á la estampa, les anunció formalmente que iban á pasar bajo el gobierno de Prusia, á consecuencia de un acuerdo con Inglaterra y hasta con Austria. A mayor abundamiento les dijo que su pais no seria desmembrado, y que segun se les habia prometido quedarian súbditos de un mismo soberano; que este soberano, Federico Guillermo, conocido por sus virtudes aseguraria sus derechos y labraria su ventura, como ya labraba la de sus súbditos numerosos; que sin duda sentirian á su viejo rey, que les habia proporcionado cuarenta años de dulce reposo, pero que un destino superior habia fallado, y que despues de dedicar tristes recuerdos á Federico Augusto, serian fieles á Federico Guillermo, y con su sumision y su adhesion se mostrarian dignos de sus beneficios.

Tanto la buena fé de esta declaracion, como los excelentes sentimientos que respiraba, hicieron que fuera mayor el efecto, patentizando hasta que punto habian llegado las cosas. Extraordinaria

impresion produjo y particularmente entre los alemanes reunidos en Viena. Lord Castlereagh y Mr. de Metternich se vieron asaltados de preguntas. Se les interrogó sobre si era verdad que con el beneplácito de ellos se habia transformado á la Sajonia en una provincia prusiana, en cuyo caso el congreso, convocado solemnemente en Viena se habria reunido para consumir una usurpacion todavia mas odiosa que las que á Napoleon se le habian echado en cara. La agitacion de los ánimos fué imponderable, y lord Castlereagh y Mr. de Metternich se apresuraron á desmentir las aseveraciones del príncipe Repnin, el primero temeroso de que en Inglaterra no se comprendiera bien la política que para rescatar la Polonia sacrificaba la Sajonia, y el segundo muy convencido del detestable efecto de esta política entre los austriacos. Las desmintieron en las conversaciones; en artículos de periódicos, afirmando que el gobernador ruso de la Sajonia habia supuesto realizado lo que ni siquiera estaba decidido, y lo que aún dependia de negociaciones muy árduas y distantes de llegar á remate. Con mucha acritud respondian los rusos á los prusianos que se andaba con juego de palabras, que positivamente nada habia firmado, pero que en una nota, valedera por compromiso, Austria habia admitido la incorporacion de Sajonia á Prusia, bajo condiciones que estaban satisfechas todas, y que esta incorporacion jamás habia sido disputada por Inglaterra. A estas aseveraciones replicaron los austriacos, que al expresarse de tal modo se engañaba la buena fé de las legaciones reunidas en Viena, que Austria siempre habia considerado el sacrificio de la Sajonia como una



desgracia para Alemania, y por consiguiente para Europa; que sin cesar habia aconsejado á Prusia que renunciara á tal deseo por su interés propio, y que en todo caso habia puesto condiciones de las cuales la principal no estaba cumplida, y era que el gabinete de Berlin se separara del de Rusia en el arreglo de la cuestion polaca. En medio de estas contradicciones, de este desmentirse unos á otros, un nuevo hecho de igual clase vino á irritar aun más los ánimos. Se leyó una proclama dirigida por el gran duque Constantino á los polacos, en la que á nombre de su hermano Alejandro les llamaba á reunirse bajo la vieja bandera de Polonia para defender su existencia y sus derechos amenazados.

Esta última demostracion puso colmo á la exasperacion general. Desde entonces los adversarios de los prusianos y los rusos creyeron que á tanta osadia se necesitaba ya oponer otra cosa que artículos de periódicos ó frases en los salones de Viena, y no vacilaron en decir que era urgente ya aprestar fuerzas y disponerlas de manera de contener á los ambiciosos que pretendian dividir la Europa á su antojo. Mayor animacion que todos manifestaban los bávaros y los austriacos, los primeros porque para todos los principes de la Confederacion era de un efecto espantoso la supresion de un estado tan importante como la Sajonia, los segundos porque era una empresa de las mas alarmantes para su seguridad la union íntima de Rusia y de Prusia, y el establecimiento de estas dos potencias á la falda de las montañas de Bohemia y de los Krápackos. Exasperados en particular los austriacos de la arrogancia de los prusianos y de los rusos, preguntaban qué hubiera sido de

los unos y de los otros, si despues de las batallas de Lutzen y de Bautzen no acudiera el ejército austriaco en su auxilio, si en Dresde y en Leipsick no hubiera sobrellevado el peso principal de la guerra. Con razon se expresaban de esta suerte.—Si como se tenia la insolencia de pretenderlo, se debia la salvacion de Europa á obra exclusiva de una parte de los aliados, no era más justo atribuirle á los que, declarandose en 1813 con peligro de su existencia y menosprecio de los lazos de familia, lo habian decidido todo, que á los que reducidos á sí solos no supieron defender el Saale, ni el Elba, ni el Oder.

Rodeado de la consideracion general el príncipe de Schwarzenberg, y no aspirando habitualmente á darse importancia, si bien haciéndose áspero y hasta duro cuando se le irritaba por extremo, tuvo diversas entrevistas con el emperador Alejandro, que siempre se le manifestaba obsequioso y contemplativo. Ningun miramiento guardó al emperador de Rusia, y excitado por los gritos que se alzaban de todas partes, se atrevió á decirle que, despues de haber tenido en su lealtad una fé ciega, ya estaba á punto de arrepentirse de tan extrema confianza. Añadió que, si hubiera previsto lo que estaba pasando, nunca aconsejara á su soberano que uniera los ejércitos de Austria á los de Rusia y Prusia, ni hubiera aceptado el mando de ellos, ni prodigado tanto su sangre, ni devorado tantas afrentas, ni asumido tanta responsabilidad, por el triunfo de la causa comun. Le recordó las instancias, las súplicas de los aliados al Austria, antes de que abrazara su partido, y la ingratitud de que despues era objeto; le pintó la impresion detestable



de aquellas atrevidas pretensiones que eran la justificación de Napoleón mas insigne; le insinuó por fin el peligro de abrir los ojos á Europa dejándola ver que no habia hecho más que mudar de amo. «Napoleón, dijo el príncipe de Schwarzenberg, retirado en su isla, aún es omnipotente en las imaginaciones. ¿Qué acontecería, si en medio de las córtés europeas dando el escandaloso espectáculo de su codicia y de sus divisiones, se apareciera de súbito en el uno ó el otro campo?»

Fuera de sí estaba el generalísimo austriaco, y puso al czar en grande aprieto con la vehemencia de su lenguaje. Alejandro se excusó mucho, negó las ideas ambiciosas que se le atribuían, alegó de nuevo su lealtad y su generosidad notorias, citó sus compromisos respecto de los polacos y de los prusianos, se manifestó muy sorprendido de la vivacidad que se mostraba con motivo de un arreglo que le habia parecido muy natural, y además expresó cierta especie de pesar de que las cosas hubieran ido tan lejos, y de que se hubiese avanzado tanto. Sin embargo, á pesar del tono de la excusa y de la pesadumbre, no renunció al parecer á sus ideas.

Por mucho deseo que hubiera de evitar la guerra, y de recurrir á Francia, lo cual era indispensable en el caso de una ruptura, al fin hubo que pensar en ello. Lord Castlereagh acababa de recibir de Inglaterra instrucciones que cambiaban de situación, y de consiguiente debían modificar su conducta. Obrando hasta el presente á la manera de los ministros británicos que en todos los tiempos daban escasa importancia á los intereses hannoverianos, más caros á la familia reinante que á

la nación inglesa, no habia tenido muy en cuenta la pesadumbre de los príncipes alemanes, y en la cuestión de Sajonia, al parecer habia olvidado que era ministro de un rey de Hanóver á la par que de un rey de Inglaterra. Su conducta habia ajustado al supuesto de que en el parlamento británico habia mucho más calor por la Polonia que por la Sajonia. Sin embargo, no era posible que se le dejara seguir por largo tiempo una táctica semejante. De Viena se escribieron muchas cartas al príncipe regente de Inglaterra, con especialidad por los príncipes de Coburgo. Durante las últimas guerras se habian adherido estos príncipes á la Rusia y habian servido en sus ejércitos, aunque sin olvidar sus deberes para con el gefe de su casa, el rey de Sajonia, que siempre les habia protegido contra Napoleón, y en este momento abogaban por su causa con honrosa fidelidad. Uno de ellos estaba en Viena, donde cotidianamente arrojaba las iras y las amenazas del emperador Alejandro, otro se hallaba en Lóndres, donde se decía que se iba á casar con la princesa Carlota de Inglaterra. Ambos, ayudados por los ministros austriacos, dieron á conocer al príncipe regente, futuro monarca de Hanóver y de Inglaterra, el peligro de sacrificar la Sajonia; y á su vez el príncipe regente insistió con el gabinete británico para que se mandara formalmente á lord Castlereagh salir en su defensa. Se expidió efectivamente la orden en tal sentido y llegó á Viena en los primeros dias de diciembre.

No podia llegar mas á tiempo esta orden que obligaba á lord Castlereagh á variar de conducta, y le ayudaba á la par suministrándole un motivo



para explicar la mudanza. Además, contrariado si le llegaran algunos días antes sus nuevas instrucciones acaso, lord Castlereagh estaba ahora satisfecho de ellas al ver que se había inducido á error su complacencia hácia los prusianos. De consiguiente vino á estar de acuerdo con Mr. de Metternich en que era menester negar de una manera absoluta el sacrificio de la Sajonia y de la Polonia, y manifestar á los dos monarcas aliados la determinación de resistirles por todos los medios. Mucho empujaba á resoluciones enérgicas el príncipe de Wréde, representante siempre muy activo y muy útil de Baviera. A nombre de su corte ofrecía veinte y cinco mil hombres por cada cien mil que suministrase el Austria, y además quería que se entendieran con Francia, porque sin ella quedaría incierta la balanza de las armas. Con efecto, Austria tenía trescientos mil hombres, de los cuales no más que doscientos mil podía emplear contra Rusia y Prusia: Baviera no daría arriba de sesenta mil, aunque subiese á más sus promesas: alrededor de cuarenta mil suministrarían los demás príncipes alemanes, situados fuera de la acción de los prusianos y de los rusos, y otros tantos quizá los Países Bajos; pero no había que contar con mayor número, teniendo aún Inglaterra empeñadas en la guerra de América todas sus tropas. De esta suerte ascenderían á unos trescientos cincuenta mil hombres, no superando las fuerzas de Rusia y de Prusia, que podían juntar doscientos mil soldados la una, y ciento cincuenta mil la otra. Siendo igual la cantidad, y suponiendo que la calidad lo fuese asimismo, la suerte de las armas quedaba dudosa, y se corría el riesgo de estarse matando durante años

sin resultado alguno á la vista de Francia, dejada como simple expectadora de tamaño conflicto, tan venturoso para ella. A fin de hacerlo decisivo se necesitaba empeñarla también en el lance, admitiendo cien mil franceses, que terminarían la querrela arrojándose sobre la Prusia, ora por las provincias rhinianas, ora por la Franconia. Sin duda se podía temer el precio á que habría que pagar tal socorro, si era necesario pedirlo; pero la legación francesa lo ofrecía de valde, sin que se le pidiese, y acompañaba la oferta con las más vivas instancias á fin de que fuese admitida.

Decisivas eran las razones dadas en particular por Baviera, y que espontáneamente se presentaban en el espíritu de todos. Locura fuera no admitir el socorro de Francia, ofrecido de valde, y que debía ser de suma eficacia, aún cuando se afectase ponerlo en duda. Por entonces cundía á todas partes el rumor de nuestros armamentos, promovidos por Mr. de Talleyrand, y en Viena menudeaban cartas escritas desde París en las que se refería lo que pasaba en Francia. De su estado interior hablaban estas cartas y del descontento allí existente de resultas de la marcha política de los Borbones; pero, aún haciéndose mención del mal espíritu del ejército en todas, se añadía que se aumentaba á vista de ojo; que nunca se había compuesto de mejores soldados, y que empleado fuera se mostraría tan formidable como en los días de su más espléndida gloria. Menos benévolas eran las cartas dirigidas á los rusos y á los prusianos respecto de Francia, y sobre todo respecto de los Borbones; pero las que emanaban del duque de Wellington y de Mr. de Vincent, como embajadores en París de



Inglaterra y de Austria, aun conviniendo en las faltas políticas de la dinastía restaurada, acordes estaban acerca de encomiar al ejército francés y de ponderar el partido que se podía sacar de él. También elogiaban el buen estado de nuestra hacienda, cuyo pronto restablecimiento apenas podía explicarse, si bien parecía que su poder tornaba á ser grande, segun la facilidad con que se cubrían las atenciones.

No habia, pues, que dudar, como al parecer lo habian hecho lord Castlereagh y Mr. de Metternich, de la eficacia de los socorros que estaba en proporcion de suministrar Francia. Tampoco habia que dudar de la diligencia que aplicaría á darlos, pues sobre este punto no consentian la menor incertidumbre, así las instancias de Mr. de Talleyrand para representar un papel en la cruzada europea emprendida á favor de Sajonia, como las comunicaciones que se cruzaban de continuo entre la legación bávara y la legación francesa. Sin embargo, no se manifestaba prisa en hacer confidencias á Francia, declarando que se habian llegado á combinar planes de campaña por los aliados unos contra otros. Cierta amor propio de tales aliados retenia aun á lord Castlereagh y á Mr. de Metternich, y no se quisieron franquear con Mr. de Talleyrand, seguros de que á la primera insinuación habia de acudir sin demora. Por otra parte no se dudaba que siempre la Baviera le revelaria lo bastante á fin de que estuviese pronto. Consiguientemente formóse un plan ejecutable para el mes de marzo de 1815, donde, sin decir una palabra á Francia, se disponia de sus fuerzas, contándolas como aseguradas. En virtud de este plan,

combinado por el príncipe de Schwarzenberg y el mariscal de Wrede, trescientos veinte mil austriacos, bávaros, wurtembergueses, sajones, badeses, etc., deberian operar divididos en dos ejércitos por la Moravia y la Bohemia. Fuerte el primero de doscientos mil hombres, y á las órdenes del príncipe de Schwarzenberg, se dirigiria por la Moravia al alto Vistula; y fuerte de ciento veinte mil hombres y á las órdenes del mariscal de Wrede el segundo, se trasladaria por la Bohemia sobre el Oder, al propio tiempo que cincuenta mil franceses entrarían por la Franconia para impedir que fuese envuelto el ejército de la Bohemia, y otros cincuenta mil en las provincias rhinianas para operar de concierto con los holando-belgas en Westfalia. No se dudaba que Prusia seria abrumada por tal masa de fuerzas, ni que se repeleria mas allá del Vistula á Rusia. Hasta el fin de su guerra con América estaria dispensada Inglaterra de suministrar soldados, pero asalariaria á los nuevos aliados, excepto á los franceses, que no habian menester del dinero ni de la espada de nadie. Todos estos planes, que habia propósito de madurar más si llegaba la hora de ser ejecutados, se guardarian secretos por los ingleses, los austriacos y los bávaros, no debiendo trascender á los franceses sino por una indiscrecion oficiosa de la Baviera. Provisionalmente y por primera precaucion, Austria hizo marchar veinte y cinco mil hombres de refuerzo á Galitzia, donde tenia cuarenta mil de antes.

Al fin, Mr. de Metternich, fuerte de resultados de estas combinaciones, esplicóse ya muy categóricamente con los rusos y los prusianos, y por me-



dio de una nota de fecha de 40 de diciembre declaró que, en vista de la opinion unánime de Alemania, de las resoluciones definitivas de Inglaterra expresadas en las nuevas instrucciones que lord Castlereagh habia recibido, de la opinion de todas las grandes potencias europeas, y especialmente de la de Francia, y de la no ejecucion de las condiciones impuestas á Prusia en un momento de condescendencia á sus deseos, la Sajonia seria mantenida en su actual estado, salvos algunos sacrificios de territorio que se juzgaban necesarios para trazar mejor la frontera prusiana, y que en todo caso servirian de castigo á las faltas cometidas por el rey Federico Augusto.

Grande emoci6n produjo en Viena el lenguaje de Austria ya positivo. No se podia hablar de tal suerte sino despues de estar bien resuelto el partido de llegar á las últimas extremidades, despues de calcular bien los recursos propios, de preparar los medios y de anudar las alianzas. Por lo demás, el solo aspecto exterior de las cosas parecia revelar que Austria, Inglaterra y Francia se habian puesto de acuerdo, y tomado la resoluci6n de obrar en comun. A lo mas que habian podido llegar todos juntos era á vencer á Francia. ¿Pero qué sucederia cuando Prusia y Rusia se hallaran solas contra Inglaterra, Francia y Austria? No era sostenible la contienda por las dos potencias del Norte. Más violenta irritacion sintieron los prusianos, contra quienes esta manifestacion iba dirigida más particularmente. A la saz6n hallábanse en Viena cerca del rey Federico Guillermo, rodeándole y asediándole con sus exigencias orgullosas, los principales gefes del ejército prusiano, y especialmen-

te el mariscal Blucher, los cuales usaban el mas altanero lenguaje, y presumian de haber sido los únicos vencedores de Napoleon; los únicos salvadores de Europa. A creerles, no se les podia negar nada, y cuantos se opusieran á sus pretensiones, de fijo se encontrarían con sus espadas. A impulsos de los mismos sentimientos los ministros prusianos quisieran responder sin la menor demora y punto por punto en cierto modo al despacho austriaco. Ya lo iban á hacer con toda la vehemencia de su estado mayor, y aún se preparaban hasta á arrojar la nota de falta de fé al rostro del Austria, cuando el emperador Alejandro, no dispuesto á llevar las cosas tan lejos, á pesar de sentirse por demás animado, les impidió seguir el primer impulso, y sobre todo valerse del lenguaje de que se proponian hacer uso en su respuesta. Los contuvo, y ensayó medios de destreza, en los cuales sobresalia siempre que no se salía de su carácter. Ante todo vió á los austriacos, empezando por el príncipe de Schwarzenberg y por el emperador Francisco. No halló arrogante al primero á semejanza de los prusianos, mas sí entero y decidido, y de él quedó bastante descontento para quejarse de Mr. de Metternich, á quien acusaba de haber llenado de falsas ideas la mente del caudillo del ejército austriaco. De seguida se dirigió al emperador Francisco en quien halló la cortesanía de un huésped obsequioso, y la resoluci6n tranquila que á menudo impone mas que los arrebatos. Con Mr. de Talleyrand tuvo al fin otra entrevista. Ya era la tercera, pues desde su llegada á Viena contaba los encuentros con el diplomático ilustre, en cuya casa de París se habia dignado admitir hos-



pedaje. Esta vez, solicitó, por decirlo así, la entrevista, pues tomando á Mr. de Talleyrand del brazo en uno de los salones de Viena, le señaló hasta la hora. Habiendo acudido Mr. de Talleyrand puntualmente, le acogió, si no con el seductor abandono de los primeros tiempos, á lo menos con una benevolencia amistosa, que semejaba una invitación al avenimiento; y trató con notable moderación los asuntos que poco antes le quitaban toda su sangre fría. Preguntando á Mr. de Talleyrand cómo, despues de hallarle en Paris tan favorable al proyecto de reconstituir la Polonia, le veia ahora tan contrario, de seguida el plenipotenciario francés dióle por respuesta que aun era partidario de la reconstitucion de la Polonia, si bien de la Polonia libre, independiente, con un carácter europeo, y no de la Polonia rusa. Conforme á la táctica ya usada añadió Mr. de Talleyrand que por lo demás el asunto de la Polonia ya no atañia á Francia; que no tratándose de rehacer una verdadera Polonia, sino de trazar fronteras entre Alemania y Rusia, les abandonaba una tarea que les interesaba exclusivamente, y que Rusia en esta cuestion no encontraria á los franceses sobre su camino. Esta era casi una avenencia sin duda, pero casi nada se concedia al czar con abandonarle así la Polonia, si no se desistia de la conservacion de la Sajonia al mismo tiempo. Acerca de este último punto apareció Mr. de Talleyrand inflexible, y prescindiendo de los argumentos sacados del equilibrio europeo, se esforzó en demostrar al emperador Alejandro que el reposo del mundo y la gloria de Europa se cifraban ya en el restablecimiento de la legitimidad en todo y por todo. Semejan-

tes ideas carecian de crédito para el czar y más en los labios de Mr. de Talleyrand. Al parecer no atribuyó grande importancia á estas profesiones de fé del antiguo ministro del usurpador, y repitióle sus empeños con los prusianos, no sin añadir que, siendo clave de su política la fidelidad á su palabra, si Mr. de Talleyrand alcanzaba de los prusianos que le relevasen de la que les tenia empeñada, no insistiria por mas tiempo. Mr. de Talleyrand contestó que á otros convenia dirigirse para hacerse oír de los prusianos; pero que el emperador Alejandro tenia un medio de variar sus determinaciones, y consistia en restituir su parte de Polonia. «¿Conque aspirais á que me despoje de lo mio por complaceros? Pues yo no lo entiendo de ese modo, repuso Alejandro. Pero hagamos un ajuste. Yo poseo vuestro secreto; yo sé cual es aquí vuestro principal designio; vos aspirais á la caída de Murat. Pues bien, añadió alargando la mano á Mr. de Talleyrand, unámonos desde ahora; yo estaré en esa cuestion á vuestro lado, y muy pronto será decidida á tenor de vuestros deseos, si me concedeis la Sajonia.» En este momento se pintaba sobre el rostro de Alejandro la expresion viva y acariciadora del anhelo, y claro estaba que si de otro modo se entendieran en Viena los intereses de Francia, si no se vincularan únicamente en la salvacion de la Sajonia, todo se alcanzara de Rusia. Pero Mr. de Talleyrand, cuyo tema era fijo, se mostró insensible á las seducciones del czar, y respondió que no podia admitir proposicion semejante, porque equivalia á aceptar la usurpacion en un punto de Europa, con el fin de hacer triunfar en otro á la legitimidad, y necesitaba la legiti-



midad en todas partes, hablando así como el pontífice de una religión que desgraciadamente hacia sonreír á Alejandro.

No pudiéndose concluir el ajuste, á lo menos quise el czar sacar algo de esta entrevista, con saber de boca de Mr. de Talleyrand qué eran los armamentos de Francia de que tanto se hablaba en Viena, y qué uso se pensaba hacer de ellos. Como aparentando no atribuir importancia á estas cuestiones, si bien aproximando á Mr. de Talleyrand su oído bueno, pues de uno era bastante sordo, le preguntó en qué estado se hallaba el ejército francés, y si se había considerado útil reorganizarlo, según se susurraba en Viena. Entonces con un arte que poseía en grado sumo y con una expresión imponderable de indiferencia, le refirió Mr. de Talleyrand cuanto se había hecho y se hacía aún para reorganizar el ejército francés, para adherirle al nuevo gobierno, y sobre todo para presentarle mejor que nunca al enemigo. Negligentemente expuso que á la sazón ya se contaban doscientos mil hombres, se tendrían trescientos mil para el mes de marzo, veteranos todos y de los que habían tornado del extranjero é ingresaban en los cuadros para reemplazar á los conscritos de 1815. Todos estos pormenores los dió como sin pensar en producir efecto, y como sin reparar si lo producían en el emperador Alejandro. Este disimuló ménos bien que Mr. de Talleyrand sus impresiones, y se separaron con una cortesanía muy afectada, si bien quedando el czar muy conmovido de resultados de lo averiguado, por no dudar que estas nuevas fuerzas de Francia estarían al servicio de Inglaterra y de Austria en el caso de estallar la

guerra por la cuestión de la Sajonia y de la Polonia.

Con todo, á fin de asegurarse mejor todavía, Alejandro envió cerca de Mr. de Talleyrand al príncipe Czartoriski, siempre desveladísimo por la suerte de la Polonia, y esforzándose en interés de ella por avenir á Francia y Rusia. Motivo dió para la visita una frase del despacho, en que Mr. de Talleyrand había alegado la opinión de las potencias europeas, y especialmente la de Francia, contra el proyecto de sacrificar la Sajonia. Su encargo se reducía á escudriñar el verdadero sentido de esta frase, que indicaba al parecer un acuerdo formal de Austria con Francia. Adivinando Mr. de Talleyrand lo que se quería saber de su boca, persistió en la táctica de dar á entender más de lo que había realmente, y de intimidar á Alejandro con la idea de una coalición ya formada entre Francia, Inglaterra y Austria, si bien de modo de no presentar á Francia como la más indisputada de las tres potencias con Rusia. Así manifestó hácia ésta una inclinación decidida, un deseo extremado de estar de acuerdo con ella en todo, bien que á la par le dejó ver que respecto de la Sajonia marcharía Francia con todos los que salieran á su defensa, aun cuando fuese con la espada. Hasta jactóse en términos tales que, después de esta entrevista, hubo de creer el príncipe Czartoriski que Mr. de Talleyrand era admitido en las confidencias de Inglaterra y Austria, mucho más que lo estaba realmente. Pero había producido el efecto deseado, y esto era lo esencial en vista de la política adoptada.

Todos los géneros de oposición surgieron al presente contra los proyectos de Alejandro y de Federico Guillermo. Reunidos en Viena casi todos



los príncipes alemanes, así los del Mediodía como los del Norte, querían publicar en común un manifiesto, á fin de protestar contra la anexión de Sajonia á Prusia. No más que un príncipe se apartaba de esta especie de unanimidad, y era el hijo del rey de Wurtemberg, que había servido con los franceses en Rusia, y que á nuestro favor ó en nuestra contra, siempre había hecho la guerra de una manera brillante. Sensible á los atractivos de la gran duquesa Catalina, de quien iba á ser esposo, se mostraba adicto á la política rusa, y habitualmente poco de acuerdo con su padre, usó de su influencia para impedir la publicación del manifiesto proyectado. Amenazando á los pequeños príncipes con las iras de Prusia, si estampaban su firma, al cabo logró contenerlos. No obstante, el resultado fué el mismo, y la comisión encargada de los asuntos germánicos declaró que suspendía sus trabajos hasta que se asegurase la suerte de Sajonia, lo cual significaba que sus resoluciones dependerían completamente de las que se tomaran acerca de este reino, por el cual se interesaban todos los estados alemanes tanto como por sí propios.

Ante estas oposiciones, morales unas y materiales otras, no quedaba más arbitrio que el de resignarse á las concesiones. Aunque no sin trabajo, al fin Alejandro se avino á hacer algunas. En su primera exaltación había pensado exigir todo el antiguo territorio polaco. Ya había renunciado á este designio ante las resistencias que se alzaban de todas partes. Pero estaba resuelto á exigir y á alcanzar á toda costa lo que esencialmente constituía la Polonia, á saber, la cuenca del Vistula desde Sandomir hasta Thorn. Así debía poseer á Varso-

via, rodeada de territorio bastante en todas direcciones; y poseyendo á Varsovia, se podía jactar de haber rehecho una Polonia, y ganado casi esta especie de apuesta que sostenía contra Europa, tanto por amor propio como por ambición y espíritu caballeresco. Determinado estaba, pues, á las concesiones, á tal de salvar su pretensión en el fondo. A la parte de Prusia, y en el gran ducado de Posen, tenía que hacer la concesión de mayor bulto. Si de esta parte se apropiara Alejandro todo el territorio antiguo de Polonia, fuera á tocar al Oder, pues se extendía aquel territorio, casi hasta la misma confluencia del Wartha con este río; y acababa no lejos de Custring, de Francfort-sur-l'Oder, y de Glogau. Por consiguiente á la orilla derecha del Oder no dejaba más que una cinta bastante angosta de territorio para componer la Silesia. Así penetrara Alejandro en el fondo del ángulo formado por la Vieja Prusia y la Pomerania con la Silesia, y avanzara en punta hasta el corazón de la monarquía prusiana, lo que alarmaba mucho á los alemanes, y aún á los prusianos, porque los que de estos últimos cedían ménos al amor propio que á las sanas consideraciones geográficas hallaban que más necesidad tenía su país de ser reforzado de Thorn á Breslau, que extendido de Wittenberg á Dresde. Abandonando el actual ducado de Posen á los prusianos, esto es, la mayor parte de la cuenca del Wartha, se les cedía un hermoso territorio, mejor poblado que las porciones más próximas á Varsovia, y no era imposible trazar una frontera bastante buena entre la Polonia y la Prusia. Efectivamente, siguiendo el Prosna hasta su desagüe en el Wartha, algo más abajo de Konin, y tirando



desde este punto una línea hasta los alrededores de Thorn, se tenía primero por límite el Proсна, y luego desde Konin, Inowradaw y Thorn, una serie de lagos que dan nacimiento al Netza y forman una sucesion de obstáculos de verdadero valor como frontera. Esta formidable punta, dirigida contra el flanco de la Prusia, quedaba cortada sin que la frontera polaca resultase deforme, porque aun tenia Varsovia en rededor un territorio bastante extenso. De los dos millones y medio de polacos que Prusia debiera reclamar por la parte suya del gran ducado de Varsovia, si este se restituyese á sus coparticipes antiguos, cerca de un millon recibiria de este modo, y ese ménos tendria que tomar hacia el centro de Alemania. Por tanto, si se llegaba á una transaccion así en Alemania como en Polonia, se podia restituir á Prusia su estado de 1805, base sobre la cual se habia prometido restablecerla, sin desmembrar mas que una parte de la Sajonia.

Más habia que pedir que lo que habia que conceder respecto del Austria, lo cual hacia dificiles los acomodamientos. Pero aquí las pretensiones de Rusia eran positivamente fundadas, por supuesto que admitiendo el principio de la reconstitucion de una Polonia á título de corona separada. Como fruto de la division primera siempre habia poseido el Austria la Galitzia, sin que jamás pensara Napoleon en quitársela hasta el año de 1812, cuando por un instante se lisonjeó de abrumar á Rusia y de poder crear una Polonia francesa. Habiendo fracasado su designio, á Austria quedó la Galitzia, y la más exaltada cabeza polaca, aun la de Alejandro, no pensara en volvérsela á pedir al gabinete de Viena. Con todo, habia provincias á

la izquierda y á la derecha del Vístula, hasta el Pólica por un lado y hasta el Bug por otro, adquiridas en la segunda division por el Austria, y tomadas por Napoleon para constituir el gran ducado de Varsovia. De restituirselas al Austria se hallara poseedora de la cuenca del Vístula hasta las puertas de la antigua capital polaca. En tal caso ya no era posible decir que se habia rehecho la Polonia. Austria lo conocia sobradamente, y por otra parte esta era la ocasion de traer á su memoria que si los tratados de Kalisch, de Reichenbach y de Tœplitz, celebrados cuando se contaba con triunfos muy restringidos, exigian la restitution de las porciones del gran ducado de Varsovia á sus antiguos poseedores, tanto la habian aprovechado los triunfos imprevistos así en el Tirol como en Italia y en Baviera, que bien se podia avenir á que tambien aprovecharasen á Rusia. Ahora bien, ésta solo en el Vístula podia buscar sus provechos. Así no se temian serias objeciones por parte de Austria. A mayor abundamiento se le podian ofrecer concesiones de cierta monta, dejándola por ejemplo, las salinas de Wieliczka, erigiendo en ciudad neutral é Cracovia, al modo que respecto de Thorn lo pensaba hacer Alejandro, y finalmente restituyendo á Galitzia el hermoso distrito de Tarnopol, desmembrado por Napoleon en 1809 para castigar á Austria por la guerra que nos declaró por entonces.

Así Rusia abrazó el partido de ceder definitivamente el importante ducado de Posen á Prusia, lo cual obligaba á ésta á ser menos exigente en Alemania, y trató de entenderse amigablemente con Austria tocante á su frontera en Polonia. A Mr. de Hardenberg dió el consejo de dirigir una



respuesta moderadísima al Austria, é hizo cuanto le fué posible para llegar á sus fines principales sin un rompimiento fatal quizá para la Prusia y para ella, mas ciertamente escandaloso para todos.

Mientras, á consecuencia de estas resoluciones más conciliadoras, procuraba Alejandro ponerse de acuerdo con Austria relativamente á la frontera que debía separarles, segun sus consejos respondia Mr. de Hardenberg á la nota austriaca del 40 de diciembre el dia 20 con otra nota por extremo dulce en el lenguaje y razonada hábilmente bajo el punto de vista de la ambicion prusiana. En este documento por sorprendido se daba el ministro prusiano de que despues del consentimiento formal de Inglaterra y del consentimiento condicional de Austria á la incorporacion de Sajonia á la Prusia, se tornase atrás en una cosa ya casi convenida. No era valedera la excusa de la no ejecucion de las condiciones puestas por Austria, porque Prusia se acomodaba á cuanto ésta habia solicitado con relacion á los límites entre los estados alemanes del Norte y los del Mediodía, con relacion al destino de Maguncia y á todo lo que en general interesaba al equilibrio germánico. Tocante á la cuestion polaca, ya la Prusia habia intervenido y seguiria interviniendo para que, hasta donde fuera posible, se arreglaran las cosas al gusto del gabinete de Viena. En cuanto al principio de soberanía, que se hacia valer en favor del rey de Sajonia, segun Mr. de Hardenberg no era ya fundado. Sajonia habia sido conquistada en nueve batallas campales, y sobre todo en la de Leipsick, donde Prusia no vacilaba en decir que casi habia soportado el peso de las jornadas del 16, del 47 y del 48 de octubre,

y así podia ser justamente invocado el derecho de conquista, reconocido por los publicistas todos. No era menos fundada en equidad que indisputablemente reconocida en principio la aplicacion de este derecho al rey de Sajonia. Federico Augusto, comprometido con Europa en virtud de mediacion del gabinete de Viena, acogido por el emperador Francisco en Praga, voluntariamente habia abandonado este retiro, donde se hallaba á buen recaudo, para separarse de la causa que habia prometido servir, para abrazar la causa de la opresion comun, á la cual habia entregado la plaza de Jorgau, el ejército sajón y el alto Elba. De consiguiente, se le podia castigar con tranquilidad de conciencia, y hasta de muy saludable ejemplo seria el castigo. Fuera de que se le castigaria moderadamente, pues no se trataba de destronarle, sino de transferirle únicamente de un país á otro. A la orilla izquierda del Rin habia con qué formarle un estado poblado de católicos, lo cual pondria término en Sajonia á una funesta discordancia entre la dinastía que era católica y el pueblo que era protestante. Prusia misma facilitaria los medios de componer este nuevo estado, cediendo parte de lo que se le destinaba á la orilla izquierda del Rin, y aun el todo, por tener poco apego á provincias que la ponian en contacto inmediato con Francia, y no las habia aceptado mas que *por el bien general*, y sobre todo por atemperarse á las miras de la Gran Bretaña. Merced á este abandono, seria muy fácil proporcionar al rey de Sajonia una situacion igual ó superior á la de los principes de Baden, de Nassau, de Hesse. Se le concederia además un voto en la Dieta, y de este